

“Las pequeñas rosas de la vida ordinaria”¹

Corría el año de 1970, en la vida de la Iglesia se empezaban a poner en práctica las audaces e innovadoras enseñanzas de Concilio Vaticano II. Tras una breve etapa de esperanza, pronto fue evidente que se estaban formando densos nubarrones que presagiaban una furiosa tempestad. En efecto, al poco tiempo, se resquebrajó la disciplina eclesiástica, se fueron repitiendo muchos antiguos errores, acompañados por dolorosas defecciones... La vieja barca de la Iglesia de Cristo parecía crujir y hacer agua por todos lados.

La penetrante mirada y el amor apasionado por la Iglesia que siempre caracterizó a san Josemaría, le llevó a incontables sufrimientos, oraciones, acciones pastorales y sacrificios por ella. Y en un determinado momento, cuando el horizonte en Roma se presentaba completamente cerrado e impenetrable, tomó la decisión de venir a México y postrarse ante la bendita imagen de Santa María de Guadalupe.

En cuanto le fue posible, se encaminó hacia la antigua basílica y, con paso fuerte y decidido, se encontró con nuestra Madre. Al ver su imagen, se arrodilló ante ella y pasó hora y media en un silencio intenso y contemplativo. Estaba literalmente absorto, como encandilado, con los ojos clavados en la milagrosa tilma de san Juan Diego.

A su lado estaban sus acompañantes e incontables peregrinos que, como siempre, entraban y salían del templo, unos de pie, otros de rodillas, unos solos, otros en pequeños grupos, pero todos llenos de fe y con gestos suplicantes ante la Virgen Santísima².

El estaba como cautivado, ajeno a todo lo que ocurría a su alrededor y solo pendiente de los bellos ojos de nuestra Madre. Poniendo a sus pies, con fe inquebrantable, todas las inquietudes que traía en su corazón.

Vino a la Villa durante nueve días seguidos. En uno de ellos, haciendo una vibrante oración en voz alta con Nuestra Señora, le decía: ***“Madre mía (...) aquí, en este México por Ti bendito, donde hay rosas tan espléndidas durante todo el año (...) te rogamos que consigas que, en nosotros, en nuestros corazones, cuajen a lo largo de todo el año rosas pequeñas, las de la vida ordinaria, corrientes, pero llenas del perfume del sacrificio y del amor”***³.

Es eso lo que nosotros queremos repetirle esta tarde, en esta pequeña y breve pero entrañable visita que le estamos haciendo: Señora, madre nuestra, hemos venido desde Santa Fe, desde la parroquia de san Josemaría, impulsados por el amor que te tenemos. Y queremos poner en tus manos nuestras vidas y las de nuestras familias. En estos tiempos nuestros que, como bien sabes, siguen siendo difíciles para tus hijos.

Estamos en el Año Santo de la Misericordia y no podemos olvidar tampoco el hermoso gesto del Papa Francisco, cuando en febrero pasado, al terminar la misa, subió al camarín de la Virgen y oró largamente en silencio ante la Guadalupana. Un poco antes, en la homilía, nos había dicho: *“En silencio, en este estar mirándola, escuchamos una vez más que nos dice: ¿Qué hay, hijo mío el más pequeño? ¿Qué entristece tu corazón? ¿Acaso no estoy yo aquí, yo que tengo el honor de ser tu madre? (Nicán Mopoua, n. 119). Ella nos dice que tiene el “honor” de ser nuestra madre. Eso nos da la certeza de que las lágrimas*

¹ Homilía pronunciada en la peregrinación de los fieles de la Parroquia de San Josemaría de Santa Fe, Ciudad de México, el 11 de junio de 2016.

² Cfr. A. VÁZQUEZ DEPRADA, *El Fundador del Opus Dei*, Tomo III, p. 585.

³ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Oración en la Villa de Guadalupe*, mayo de 1970.

de los que sufren no son estériles. Son una oración silenciosa que sube hasta el cielo (...). En ella y con ella, Dios se hace nuestro hermano y compañero de camino, carga con nosotros las cruces para no quedar aplastados por nuestros dolores”⁴.

No nos faltan penas, en efecto, pero también es cierto que son muchas las alegrías que hay en nuestra vida. Y, con toda el alma, se las queremos agradecer a Dios por medio de Santa María de Guadalupe.

Tras nuestra alegre peregrinación de esta tarde y una vez que hemos atravesado la *Puerta Santa*, no podemos ni queremos quedarnos en lamentos estériles sobre las diversas calamidades que afectan a la familia en nuestro tiempo. Lo que hoy sinceramente nos proponemos es luchar, con todas nuestras fuerzas, por alcanzar la santidad en medio del mundo. Siguiendo la incansable predicación del santo patrono de nuestra parroquia, queremos descubrir en el trabajo de cada día, para ofrecérselas a Dios, esas ***“rosas pequeñas, de la vida ordinaria, sencillas, pero llenas del perfume del sacrificio y del amor”***.

Santidad personal, pues, y con ella, la santidad del matrimonio y de la familia. Para que siga obedeciendo al plan establecido por Dios y no a las pasiones deformadas de los hombres.

Termino recordando otras emocionantes palabras de san Josemaría, también pronunciadas en aquella inolvidable Novena de mayo de 1970: ***“Aquí, ante tu imagen, yo quiero dejar como un testamento a mis hijos de México: con tu intercesión, están obligados a llevar la semilla divina de tu Hijo, a trabajar con amor de Dios y por amor de Dios, desde el norte, ¡norte!, de este Continente hasta la Tierra del Fuego”⁵.***

Que el Señor nos ayude y su Madre bendita nos acompañe en esta formidable aventura de difundir por todas partes el Evangelio de Jesucristo.

Insigne y nacional basílica de Guadalupe, Ciudad de México, a 11 de junio de 2016

Francisco A. Cantú, Pbro.

⁴ Papa Francisco, *Homilía en la Basílica de Guadalupe*, 13-II-2016.

⁵ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Oración en la Villa de Guadalupe*, mayo de 1970.